

Armando Parot

Cuando llega el invierno... (1)



CUANDO llega el invierno con sus alas de [hielo
y el espacio rodea como un cuchillo frío de [aire desolado,
cuando las noches buscan calentarse en la carne,
la tierra va engañándonos y asalta nuestra sangre.
Aun reside el verano adentro de los cuerpos,
aun residen los besos de noches calurosas
y el frío va buscando
sus dulces energías;
Robando de los ojos las últimas herencias
que dejó la alegría, su plenitud caliente;
miente en los sueños viejos y sus luces azules
llevan sólo a lo amargo, a lo indeciso, hacia
lo que tiende a llorar con honda desventura.

(1) De su libro de reciente publicación «Los Ritos y la Sangre».

Hay un trémulo fuego parecido a la fiebre
y de frío rodeado.

Son unos nervios vivos, delgados, que se afinan
y tocan con sus alas y puntas aun cálidas
la rigidez helada del aire del invierno;
la noche que suplica las últimas hogueras
que en nosotros perduran.

Brotan húmedos besos
sobre la piel desnuda y se vierten comprando
con su calor placeres mentales y obsesiones.

De los sexos las sales cobran su realidad,
despiertas, apremiantes.

Y los deseos brillan
excitantes, delgados.

Y las bocas se tienden a los muslos buscando
esa sal de delirio y de tibieza, mientras
los calores se escapan
y sus riquezas vivas huyen desde los cuerpos.

El invierno las coge
con su frío las mezcla, buscando persistencia,
rodando hacia lo cálido.

La tierra va rodando,
exprimiendo del alma las esencias guardadas,
debilitando nervios

en sordas impresiones
de angustia silenciosa, aguda, desolada,
usando de recuerdos que desaten el llanto.

Más aún, en los huesos, sus frías redes llegan a las últimas fiebres.

Mientras dos bocas besan,
el día opaco y lleno de extensiones heladas,
unido, vacilante y ansioso, las rodea,
como un testigo ciego, pero audaz, implacable:
Toca el llanto en los ojos, que calores entrega
y, mintiendo, la tierra
recupera los fuegos ocultos que precisa.

La fría estación corre lentamente, rodeándonos,
con sus aguas dispersas en lluvias y neblinas,
y noches entre árboles, sobre la tierra húmeda,
con sus horas mojadas de aparente belleza.

Y nuestros cuerpos grises, movibles, aun ardientes,
en su propia locura van muriendo.

HONDO AZUL CONOCIDO...

Hondo azul conocido, ven a este espacio, ven,
que en tu pecho penetre el aire de esta hora.

Aun conservo unas manos que sugieren las tuyas
y unos ojos que ocultan algo de tu mirada.

Hoy tantas cosas frías me rodean. El cuarto
con sus blancas paredes se refleja en mi alma.

No hay música y el viento antiguo se ha extinguido
quizá si para siempre. Hay imágenes viejas
que nada representan, en ellas es tu rostro
sonriendo desde entonces. ¿En dónde están los brillos
ocultos de tu espíritu que un día te guiaban?

Te cuento que hubo un tiempo y en él tu clara sombra se fué desvaneciendo. Ya unos ojos perdieron aquel asombro joven y el sitio donde ardía tu corazón no existe. Ya en el sueño se torna tan lejos que parece no haberse alzado nunca más allá del recuerdo. Querida sombra, dime si algo tuyo en mi forma vive aún, si pertenece a este cuerpo distinto tu carne adolescente, si en estas nuevas horas, si en este aire ya ajeno tu soledad respira. Mas, yo sé que ya nunca volveré a poseer tu manera callada de sentir ese espacio que un día atravesabas y de buscar las luces azules con aquella persistencia, sabiéndote total en tu silencio.

Escucha como el viento desata unas campanas perdidas en un campo, mientras la fría niebla invade los caminos y entre las alamedas hay un son repetido, agudo, desgarrante. Un destino, un esfuerzo, me separan de ti. Escúchalo, es el tiempo. Y el sueño lo detiene en esa clara y firme mañana en que las hojas doradas reflejaban el brillo de tu sangre.

Puedo decir: te tuve. Y sólo son palabras. Ya no siento tu alma. Tu color ya no vuelve. Tu recuerdo es de algo lejano que ha existido y que hubiera querido perdurar para siempre.